

No, no era aquel el Vinicio de antes; el Vinicio bondadoso á quien casi amaba. Era un sátiro ébrio, protervo, que le causaba espanto y repugnancia.

Vinicio se levantó y la cogió por los brazos con sus manos trémulas. A la doncella se le acababan las fuerzas... estaba á punto de desmayarse... Pero súbitamente, una fuerza formidable separó de los brazos de la doncella las nervudas manos del patricio y rechazó á éste cual si fuese una arista.

¿Qué habia acontecido?... Vinicio se restregó los ojos, estupefacto, y al abrirlos después, desmesuradamente, se encontró con la gigantesca figura de Oso, el ligio que habia visto en la casa de Aulo.

Oso permanecía inmóvil y tranquilo; pero sus ojos, clavados en los de Vinicio, tenían una expresión tan singular que el mancebo sintió que la sangre se le helaba en las venas. Después, el gigante, llevando en brazos á su señora, salió del *triclinio* con paso mesurado. Actea le siguió.

Vinicio, de pronto, quedó como petrificado; mas luego saltó cual fiera herida y se precipitó hacia la puerta, gritando:

— ¡Ligia! ¡Ligia!

Pero la pasión, el estupor, la cólera y la embriaguez le hicieron doblar las piernas. Intentó por dos veces levantarse, tragóse otra copa de vino que le ofrecieron y cayó como cuerpo muerto.

La mayor parte de los comensales yacian bajo las mesas; algunos daban vueltas tambaleándose; otros, echados sobre los divanes, roncaban y devolvían, durmiendo, el sobrante de sus ingurgitaciones. Y sobre aquella turba beoda de cónsules y senadores, de guerreros, de poetas, de danzarinas y patricias, sobre aquel mundo que rodaba hacia el abismo en medio de orgías deslumbradoras y desenfrenadas, caía siempre, con rumor apagado, una lluvia de rosas...

Alboreaba.

VIII

Oso pudo llevarse á Ligia sin la menor dificultad. A los comensales que no yacian bajo las mesas, la embriaguez les impedía darse cuenta de lo que pasaba á su alrededor. En cuanto á la servidumbre, ¿qué mucho que una dama ébria se

hiciera llevar fuera del *triclinio* por un esclavo? Además, Actea seguía al gigante, y esto alejaba toda sospecha.

Pasaron, pues, del *triclinio* á la estancia contigua y por una galería al pórtico lateral que daba á los jardines cesáreos, para ganar las habitaciones de Actea. Ligia se hallaba tan extenuada que pesaba como un cadáver sobre los brazos de Oso; pero cuando la acarició el aire fresco de la mañana abrió los ojos. Las ramas más altas de los cipreses y de los pinos se doraban ya, besadas por los rayos del sol. El palacio, por aquel lado, estaba desierto, y á los oídos de los fugitivos llegaban muy apagados los gritos y la música del festín. A Ligia le pareció que habia sido trasportada del infierno al cielo... ¡Ah, sí! ¡Qué dicha haber logrado escapar de aquel abyecto *triclinio* y tras tan inmunda pesadilla ver el cielo, la aurora, el sol y sentir el inefable consuelo de aquel silencio matinal!... De pronto la casta doncella prorrumpió en sollozos y, estrechando fuertemente al gigante, repetía con voz dolorida:

— ¡Vámonos á casa, Oso! Vámonos á casa de Aulo!

— ¡Vámonos! — respondió el ligio.

Habían llegado al atrio de las habitaciones de Actea. Oso colocó á Ligia sobre un banco de mármol inmediato á la fuente. Actea trató de tranquilizarla y de inducirla á descansar, asegurándole que por el momento nada tenía que temer, porque los intimos de Nerón, por efecto de la embriaguez, dormirían hasta la tarde. Ligia, sin embargo, no se aquietaba. Apretándose las sienés con las manos no cesaba de repetir como una niña:

— ¡Quiero irme á casa!

Oso se disponía á obedecer. Las puertas estaban guardadas por pretorianos; pero no tenían orden de impedir el paso á los que salieran. Delante del arco de ingreso aún habia una larga fila de literas. En breve los que tomaron parte en el banquete saldrían en tropel, y no era difícil pasar inadvertido entre aquellas turbas de crapulosos... Además, se trataba de una orden de su señora y no habia para qué discutirla.

Ligia insistía:

— ¡Vámonos, Oso, vámonos!

Actea les disuadió de su propósito.

— Saldréis del palacio — dijo; — no me cabe duda... Pero tened en cuenta que huir sin la aquiescencia del César es una ofensa á la majestad imperial. Llegaréis á casa de Aulo; pero esta misma tarde un centurión llevará la sentencia de muerte á

Plaucio y á Pomponia; te traerán de nuevo aquí ¡oh, Ligia! y ya no habrá para tí salvación posible.

La doncella hizo un gesto de desesperación. El dilema era terrible: ó la muerte de las personas más queridas ó su propia perdición. Antes de empezar el banquete acariciaba una esperanza: la de que Petronio y Vinicio intercederian en su favor. Ahora ya sabía que á estos dos *amigos* era debida su desgracia... Sólo un milagro de la Divina Providencia podía salvarla.

— Actea — exclamó Ligia: — ¿has oído de labios de Vinicio que el César me arrebató á los Aulo para entregarme á él y que esta tarde mandaría por mí á sus esclavos?

— Sí — contestó Actea, dejando caer los brazos.

Vivo carmin tiñó las mejillas de la doncella.

— ¡Pues, jamás! — gritó con entereza. — ¡Ni permaneceré aquí, ni seré de Vinicio!

Actea quedó como asombrada de aquel arranque de noble cólera.

— ¿Es posible — preguntó — que odies al tribuno?

Pero Ligia no estaba ya en situación de responder, pues la ahogaban los sollozos. Actea la estrechó contra su pecho y procuró tranquilizarla. Oso, casi rugiendo, apretaba los descomunales puños. Amaba á su señora con la fidelidad de un perro y sus lágrimas le encendían en ira. En el corazón del bárbaro germinaba un deseo terrible: volver al *triclino* y estrangular á Vinicio y, si era preciso, al mismo César. Pero no se atrevió á proponer este acto de venganza. ¿No sería contrario á la ley de amor predicada por Cristo? Esta duda le contuvo.

Actea reanimó á Ligia y le preguntó de nuevo:

— Pero ¿es posible que le odies?

— No — contestó Ligia; — no puedo odiarle porque soy cristiana.

— Lo sé, Ligia; y por las epístolas de Pablo de Tarso sé también que la deshonra es uno de los más graves pecados y que al pecado se debe preferir la muerte... Pero dime: ¿consiente la doctrina cristiana atraer la muerte sobre el prójimo?

— No.

— ¿Cómo, pues, quieres provocar la venganza del César contra la casa de Aulo? Sé por triste experiencia lo que es la cólera de Nerón. ¡Ay de tí! ¡Ay de Pomponia, y de Aulo, y de

su pequeñuelo si llevas á cabo tus propósitos! ¡No!... Un solo camino te queda: implorar de Vinicio que te restituya á Pomponia.

No obstante, Ligia dobló las rodillas é imploró otro auxilio. Oso siguió su ejemplo. Y aquella mañana, en el palacio de Nerón se oró por primera vez al verdadero Dios...

También por primera vez presenciaba Actea una plegaria semejante. Por curiosidad observó á Ligia, quien tenía las manos levantadas y los ojos puestos en el cielo con tal expresión de beatitud que no podía dudarse, no, que de allá arriba esperaba su salvación. La aurora le inundaba de luz los cabellos de oro y el cándido peplo, reflejándose en sus claras pupilas. Ella misma era luz, luz esplendorosa que se irradiaba á todo el atrio. Su pálido y diáfano semblante, sus labios entreabiertos; su mirada estática, revelaban una exaltación sobrenatural...

Actea acertó á comprender en aquel instante por qué Ligia se resistía á ser llevada á casa de Vinicio. Acababa de descubrirse el velo que ocultaba á sus ojos un mundo bien distinto de aquel en que vivía. La plegaria cristiana en el soberbio palacio de la infamia y del crimen le produjo honda impresión. Había tenido por irremisiblemente perdida á la joven ligia; mas ahora sentía impulsos de creer que se obraría un prodigio; que una fuerza ignota y sobrehumana, abatiendo la omnipotencia puramente terrena del César, salvaría á la doncella, restituyéndola á sus padres adoptivos; que de improviso descenderían legiones de seres alados para llevársela por los aires ó que la absorbería el mismo sol. A la vista de aquella virgen prosternada empezaba á creer en los milagros que se atribuían á los cristianos.

Levantóse Ligia con el rostro radiante de esperanza. Oso se sentó en el suelo, junto al banco de mármol, esperando las órdenes de su señora. Al cabo de un rato surcaron las mejillas de ésta dos gruesas lágrimas.

— ¡Bendiga el Señor — exclamó — á Aulo y á Pomponia! No debo causar su perdición; pero no me volverán á ver jamás... ¡jamás!...

Y dirigiéndose á Oso le dijo que era el único amparo que le quedaba; que en adelante le serviría de padre y de protector; que no volvería á casa de los Aulo, para no convertirlos en blanco de las iras de Nerón; pero que no pudiendo permanecer

en el Palatino, ni dejarse llevar á casa de Vinicio, Oso debía conducirla fuera de la Ciudad y ocultarla.

A todo estaba dispuesto el gigante: á llevársela á través de montes y mares á los países bárbaros; adonde el nombre de Roma fuese desconocido. Para expresar su inquebrantable fidelidad á su señora, se inclinó y le besó los pies.

En el semblante de Actea se dibujó la expresión del desengaño. « Esperaba un milagro y no una determinación tan insensata... Huir del palacio imperial constituía un ultraje á la majestad cesárea, que Nerón vengaría en cabeza de los Aulo, en el caso de que Ligia lograra ocultarse. Si tanto empeño tenía en escapar, más le convenía hacerlo cuando estuviera en la casa de Vinicio: pues entonces Nerón no podría darse por ofendido. »

Ligia sonrió apaciblemente. « No discrepaban en mucho de éstos sus propósitos. Vinicio, perdida con la embriaguez toda prudencia, había revelado la intención de mandar por ella al anochecer. Pero Oso la arrebatara á los esclavos en la calle, como la había arrancado de los brazos de Vinicio en el *triclino*. El ligio era invencible. Ni el mismo Crotón, el forzudo atleta vencedor en la lucha habida en el festín, podría abatirle. Mas por si acaso Vinicio la hiciera escoltar por muchos esclavos, Oso iría inmediatamente á pedir consejo y ayuda al obispo Lino. Salvada por los cristianos, el ligio la llevaría lejos para sustraerla á la fuerza romana. »

Y diciendo esto, recobraban sus mejillas el color de la rosa, animándola de tal manera la esperanza que la imaginación le transformaba en realidad lo que no pasaba entonces de simple deseo. Echando los brazos al cuello de la liberta, la besó y preguntóle en voz queda:

— ¿No nos harás traición, verdad, Actea?

— ¡Lo juro por la sombra de mi madre! Ruega á tu Dios que Oso obtenga buen éxito en su empresa.

Este, mirando con sus hermosos ojos azules, vagamente, en el espacio, meditaba sobre las últimas palabras de su señora. « Si; volaría en busca de Lino para oír su consejo porque, siendo obispo, debía de saberlo todo; pero rehusaría el auxilio de los cristianos, porque se bastaba para habérselas con los esclavos de Vinicio. Además, ¡tenía tantos conocidos entre los esclavos y los gladiadores y los ciudadanos libres de la Suburra!... Que le dejasen en libertad para obrar y la salvación de su ama

era segura. » La imaginación le presentaba también como realidad lo que todavía no pasaba de proyecto, y ya veía á su señora salvada y transportada más allá de los confines romanos, á su propia patria. Concretando sus propósitos, dijo:

— Con cien hombres seguiré la litera aunque la escolten pretorianos. No respetaré á nadie y si mi puño tiene que habérselas con cascos de hierro, cascos y cráneos saltarán hechos pedazos.

Ligia, con solemne pero infantil gravedad y levantando el índice á la altura de los ojos, dijole:

— ¡Oso, no matarás!

El ligio se rascó la cabeza con su enorme mano, balbuceando:

— Si; haré lo posible... pero á veces... sin quererlo... ocurre una desgracia... Si no hay más remedio... No ofenderé á Dios; ¡pero yo he de salvarte, y no es mía la culpa si tengo la mano tan pesada!

En su semblante se dibujó suave expresión de ternura; pero se esforzó en ocultarla é inclinándose dijo:

— Voy corriendo á ver al santo Obispo.

Actea, con los ojos inundados de lágrimas, abrazó á Ligia. Nuevamente columbraba la existencia de un mundo en donde hasta el dolor era más fecundo en felicidad que toda la fastuosa opulencia del palacio imperial; nuevamente se le habían entreabierto las puertas de la eterna luz; pero al mismo tiempo se sentía indigna de traspasar sus umbrales...

IX

Ligia echaba de menos á los Aulo y sentía el anhelo de volver á su casa. Pero á la vez experimentaba cierto deleite pensando que iba á hacer el sacrificio de su bienestar en aras de la Verdad Eterna; á sufrir las penalidades de una vida errabunda é incierta. Sin duda era parte en las causas de su satisfacción un átomo de curiosidad infantil por conocer los países remotos poblados por los bárbaros y las fieras; mas la incitaba principalmente la fe ingénuo y profunda en que el Divino Maestro la protegería contra todo peligro si no violaba y desobedecía sus santas doctrinas. « Y, en último término, si la fuga le ocasionaba la muerte, ¿no era ésta mil veces preferible

al oprobio; no era la muerte el principio de la vida; no subiría inmediatamente, muriendo por la fe de Cristo, á los Cielos, adonde se le reuniría Pomponia para morar juntas eternamente? ¡Ah! Si tal había de ser la recompensa ¿qué le importaban la miseria y los sufrimientos de todo género?...»

Actea no atinaba á comprender la razón de esta renuncia voluntaria á los placeres terrenales, y mucho menos la de que trocara éstos por una vida oscura de luchas y sacrificios.

Estaba ya muy adelantada la mañana y el sol inundaba el *triclinio*. Actea persuadió á Ligia de que debía reparar las fuerzas, agotadas por una noche de insomnio, durmiendo algunas horas. No se opuso la doncella y entrambas se dirigieron al dormitorio y se acostaron; pero Actea no logró pegar los ojos porque tenía agitada el alma por tumultuosas emociones. Extraña inquietud, una turbación jamás experimentada se sobreponía á su tristeza habitual. La vida, que había reputado siempre por carga pesada y sin objeto, se ofrecía ahora á sus ojos como cosa innoble. En su mente sobreexcitada se acumulaban las ideas aumentando la confusión. Se levantaba y volvía á caer alternativamente una punta del tupido velo que le ocultaba la Verdad; y las súbitas claridades le herían el alma y la cegaban hasta el punto de hacerle perder el discernimiento. Presentía que detrás de aquel velo se hallaba un bien infinito en comparación del cual todo lo demás era insignificante, incluso aquel César á quien adoraba y á quien, mal de su grado, tenía por un semidios, y que en realidad no era menos digno de compasión que un esclavo cualquiera, é incluso aquel palacio con sus columnatas de mármol numídico, no menos despreciable que un montón de guijarros. Estas ideas convirtiéronse en obsesión y la obsesión en tormento insoportable que no le permitía conciliar el sueño.

Pensando que Ligia estaría no menos inquieta se volvió hacia ella para hablarle del proyecto de fuga; pero la inocente muchacha dormía apaciblemente, caídos los brazos, entreabiertos los labios, respirando con suavidad.

— ¡Duerme!... — se dijo Actea. — ¡Puede dormir!... Es todavía una niña...

Pero al instante le asaltó la idea de que aquella niña prefería la fuga, la vida nómada á la espléndida casa de las Carinas, á los ricos atavíos; á las piedras preciosas, á los banquetes, á las regaladas músicas.

— ¿Por qué esta abnegación; por qué?... — se preguntaba, clavando los ojos brillantados por la interna agitación en el rostro de Ligia, como si esperara una respuesta.

— ¡Cuán poco se me parece! — añadió.

Y en efecto, aquella heroica niña se ofrecía á su imaginación calenturienta como un prodigio, como una visión celeste, como una hija de los dioses, más hermosa que todas las flores de los jardines del César, que todas las esculturas de su magnífico palacio. Paulatinamente se fué apoderando de su alma como un sentimiento maternal, y largo tiempo contempló á Ligia con cierta serenidad sólo turbada por el temor de los peligros á que se exponía huyendo á remotas regiones.

La muchacha dormía con la misma tranquilidad que si hubiese estado bajo la salvaguardia de Pomponia y al despertar, después de medio día, quedó, en efecto, asombrada de no hallarse en casa de los Aulo.

— ¿Eres tú, Actea? — preguntó al topar con la mirada de la griega, después de haber paseado la suya por toda la estancia.

— Yo, Ligia.

— ¿Es muy tarde?...

— No; pero es más de medio día.

— ¿No ha vuelto Oso?

— Oso no volverá; ha dicho que seguiría la litera.

— Es verdad.

Abandonaron el dormitorio, y después de reparar las fuerzas con un sobrio almuerzo enderezaron sus pasos á los jardines, en donde Ligia no podía correr riesgo alguno porque Nerón y los cortesanos aún dormían en el *triclinio*.

Ligia quedó encantada del espectáculo. Entre los cipreses, las encinas, los olivos y los mirtos blanqueaban largas hileras de estatuas y brillaban las tersas superficies de los lagos y estanques, surcados por blancos cisnes; en recodos deliciosos se hallaban frescas grutas, casi ocultas entre el follaje de las yedras y por todos lados aparecían gacelas domesticadas y pájaros multicolores traídos de todas las regiones del mundo entonces conocido. La quietud y la soledad del lugar eran sólo interrumpidas por algunos esclavos que cavaban fatigosamente ó por el cuchicheo de otros á quienes se había concedido un momento de descanso y estaban sentados al lado de los estanques ó á la sombra de las encinas.

Actea y Ligia pasaron largo tiempo, admirando ésta los jardines, agena á las preocupaciones que embargaban el alma de su compañera.

Después se sentaron en un banco de mármol escondido entre un grupo de cipreses y la griega explicó á Ligia los temores que le torturaban el alma.

—¿No sería mejor, Ligia—le preguntó después de haberle confiado todos sus funestos presentimientos,—que te dejaras llevar á casa de Vinicio y una vez allí procurases ganar el afecto de tu dueño y señor y moverle á compasión para lograr que te devolviera á los brazos de Pomponia?

Ligia movió la cabeza, dibujándosele en el rostro una expresión de dolorosa desconfianza.

—No—dijo.—En casa de Aulo, Vinicio tenía todas las apariencias de un hombre bondadoso y noble; después de lo acaecido en el banquete me da miedo, y prefiero volver á mi país.

—Pero en casa de Pomponia su presencia no te era desagradable, ¿verdad?...

—No—respondió Ligia, bajando la cabeza.

Actea quedó meditabunda.

—En verdad—dijo al cabo de un rato,—no eres esclava, como lo fui yo. Hija de un rey de los ligios, dada en rehenes, puedes ser la esposa de Vinicio, y no dudo que los Aulo, amándote como te aman, te adoptarán para que puedas serlo.

Ligia contestó con voz segura, pero triste:

—Prefiero la fuga.

—Ligia ¿quieres que vaya en seguida á encontrar á Vinicio? Si duermes le despertaré y le explicaré cuanto acabo de decirte. ¿Quieres?... Le diré: «Vinicio: la mujer á quien amas es hija de un rey y los Aulo la quieren entrañablemente. Si en realidad la adoras, retórnala á la casa de éstos y pídelas después por esposa.»

La recatada joven contestó con voz tan débil que apenas pudo oírla Actea:

—Prefiero la fuga.

Y se le arrasaron de lágrimas los ojos.

La conversación de las dos mujeres fué interrumpida por rumor de pasos, y antes que pudieran enterarse de quien lo producía apareció Sabina Popea rodeada de esclavas, dos de las cuales movían rítmicamente sobre su cabeza abanicos de plu-

ma de avestruz. La precedía una etiope llevando en brazos á una niña envuelta en pañales de púrpura recamados de oro.

Popea se detuvo.

—Actea—dijo;—las campanillas que pusiste á la muñeca estaban mal cosidas; la niña ha arrancado una y se la ha metido en la boca. Afortunadamente Lilita lo advirtió á tiempo.

—Perdóname, Augusta—respondió Actea cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza.

Popea fijó la mirada en Ligia.

—¿Quién es esa esclava?—preguntó.

—No es esclava, divina Augusta; es una muchacha educada por Pomponia Grecina é hija de un rey de Ligia; fué dada en rehenes á Roma.

—¿Ha venido á visitarte?

—No, Augusta; desde ayer está en el Palatino.

—Y ¿asistió al banquete?

—Sí, Augusta.

—¿Por orden de quién?

—Por orden del César.

Popea se puso á examinar atentamente á la muchacha y sus pupilas relampaguearon con fría é intensa mirada bajo las cejas doradas. Después le preguntó con fingida calma:

—¿Hablaste con el César?

—No, Augusta.

—¿Por qué prefieres este palacio á la casa de Aulo?

—No lo prefiero, Augusta. Petronio indujo al César á sacarme de aquella casa. No estoy aquí por voluntad mía, Augusta.

—¿Y deseas volver al lado de Pomponia?

Popea hizo esta pregunta con voz más dulce y suave. El corazón de Ligia se abrió súbitamente á la esperanza.

—¿Augusta!—exclamó tendiéndole las manos.—El César ha prometido entregarme á Vinicio como esclava. ¡Sálvame tú; devuélveme á Pomponia!

—¿De manera que Petronio indujo al César á traerte aquí para entregarte á Vinicio?

—Sí; esta noche Vinicio mandará por mí. Tu eres buena, Augusta; ¡ten piedad de mi desgracia!

Y en diciendo esto, dobló las rodillas, cogiendo el borde de la túnica de Popea y esperó con ansia una palabra de consuelo. La Augusta la miró un instante con pérfida sonrisa y después contestó:

— Te prometo que hoy mismo... serás la esclava de Vinicio. Y se alejó satisfecha.

A los oídos de Ligia y de Actea llegaron un momento después los gritos de la niña que lloraba.

Los ojos de Ligia se llenaron de lágrimas. Luego, cogiendo á Actea de la mano, dijo:

— Vámonos. No hay que esperar la salvación sino de donde únicamente puede venir.

Regresaron al atrio. Al anoecer, los esclavos entraron candelabros. Las dos mujeres estaban muy pálidas. Interrumpían á cada momento la conversación para escuchar, en silencio, si alguien llegaba. Ya cerrada la noche, se levantó sin rumor la cortina que separaba el vestibulo del atrio y apareció en éste, como una sombra, un hombre alto, muy moreno y picado de viruelas. Era Atacino, liberto de Vinicio, á quien Ligia había visto alguna vez en casa de Aulo. Actea dió un grito mientras el recién venido, inclinándose, dijo con voz queda:

— ¡Salud á la divina Ligia de parte de Marco Vinicio, quien la espera en su casa adornada de follaje!

La desdichada se puso blanca como la nieve.

— ¡Estoy dispuesta! — exclamó, echando los brazos al cuello de Actea para darle el último adiós.

X

La casa de Vinicio estaba efectivamente engalanada. En las paredes y las puertas veíanse guirnaldas de mirto y de yedra. El atrio, cuya abertura superior se había tapado con un lienzo purpúreo para impedir el paso del frío nocturno, estaba profusamente iluminado con candelabros de ocho y de doce brazos, de mármol, alabastro ó bronce corintio, que afectaban formas humanas, de animales y de árboles. Todos eran obra de célebres artífices y algunos ostentaban globos de vidrio alejandrino ó tamizaban la luz á través de finisimas telas rojas, azules, amarillas y violáceas. El ambiente estaba saturado de perfume de nardo, al que se había aficionado Vinicio en Oriente.

En todo había seguido el mancebo los consejos de Petronio, enviando al liberto Atacino al palacio imperial con la orden del César, y quedándose en casa para evitar que apareciesen asomos de violencia en sus actos.

Sentado con indolencia, el *Árbitro de las Elegancias* continuaba aconsejando á Vinicio.

— Anoche — le decía — estabas ebrio. Tu comportamiento fué el de un cantero de los Montes Albanos. Conviene no precipitarse; que el buen vino ha de beberse á pequeños sorbos. Ten en cuenta, además, que si es sabroso el desear, no lo es menos el ser deseado. Procura captarte su confianza, desvanecer la impresión que le produjo tu violencia y principalmente tranquilizarla mostrándote magnánimo con ella. No quisiera verme obligado á ser testigo de una comida tétrica. Júrale que la devolverás á Pomponia, y ten por seguro que si obras de esta suerte mañana preferirá permanecer aquí.

Vinicio no le atendía. Latíale el corazón con tal violencia que podían contarse sus palpitaciones sobre el magnífico vestido de sacerdote siríaco que se había puesto para recibir á Ligia.

— A estas horas deben ya de haber salido del palacio — dijo como si hablara consigo mismo.

— Es indudable — contestó Petronio. — Entre tanto, si te parece, hablaremos de las profecias de Apolonio de Tiana ó te contaré la historia de Rufino, tantas veces interrumpida.

Pero á Vinicio le importaban tres cominos Rufino y Apolonio. Con el pensamiento puesto en Ligia y alcanzándosele cuán inconveniente hubiera sido ir en persona á buscarla, se dolía, no obstante, de no haberlo hecho para poder gozar más pronto de su vista.

Entraron esclavos con braseros y después de haberlos colocado en los trébedes que había en el centro del aposento echaron sobre los carbones encendidos pedacitos de mirra y de nardo.

— Ahora estarán dando la vuelta á las Carinas — murmuró Vinicio, suspirando.

Petronio se encogió de hombros y dijo:

— No tienes ni un sextercio de filósofo. ¿Es posible que no pueda conseguir hacer un hombre de este hijo de Marte?...

Con efecto, en aquel momento doblaban la esquina de las Carinas. Precedían los *lampadarios* (1) y escoltaban la litera

(1) Esclavos que alumbraban con linternas el camino.

los *pedissequi*, cerrando el cortejo Atacino; pero marchaban lentamente porque la Ciudad estaba á oscuras y las linternas apenas alumbraban el camino. Además, si bien al principio, en las cercanías del palacio, las calles estaban solitarias, á medida que fueron avanzando encontraron el obstáculo de una desusada animación. De cada bocacalle salían grupos de tres ó cuatro hombres sin luces y embozados en mantos oscuros, uniéndose unos al cortejo y siguiendo otros en sentido inverso. Muchos se tambaleaban como beodos. En ciertos momentos los grupos eran tan compactos que los *lampadarios* se veían obligados á gritar:

— ¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!

Ligia, por el espacio que dejaban las cortinillas entreabiertas, percibía estos oscuros grupos de hombres y experimentaba alternativamente el sentimiento de la esperanza y la sensación del terror.

— ¡Es él!... ¡Es Oso con los cristianos! ¡Ha llegado el momento!... — balbuceaba. — ¡Jesús!... ¡Dios mío!... ¡Auxilianos!... ¡Cristo Redentor, sálvanos!...

Atacino, que al principio no había hecho el menor caso de aquella insólita animación, comenzó á alarmarse. Los *lampadarios* repetían con mayor frecuencia su grito de:

— ¡Paso á la litera del noble tribuno Marco Vinicio!

Los grupos fueron estrechando el cerco en términos que el liberto se vió obligado á ordenar á los esclavos que apartaran á los impertinentes á palos. En aquel momento se oyó un grito y en un cerrar y abrir de ojos quedaron apagadas todas las linternas, siendo acometidos los esclavos y trabándose una lucha en que éstos llevaban la peor parte. Atacino comprendió entonces que las idas y venidas de antes, la extraña animación nocturna, eran los preparativos de una agresión, y la sangre se le heló en las venas porque no ignoraba cuán frecuente era que el César y los augustales, para divertirse, realizaran actos semejantes en la Suburra y en otros barrios de la Ciudad, y tampoco desconocía que los agresores solían volver al palacio con chichones y cardenales; pero que pagaba con la vida, aunque se tratase de un senador, quien osaba defenderse. No estaba muy lejos la guardia encargada de mantener el orden público; pero en tales trances era sorda y ciega.

La pelea continuaba en medio de la oscuridad y del silencio de la noche. Los combatientes se abrazaban, forcejeaban, se

estrujaban, oyéndose de cuando en cuando el ruido de un soberbio puñetazo ó la caída de un cuerpo. Atacino, algo repuesto de la sorpresa y del terror, juzgó que lo más prudente era apoderarse de Ligia y huir, abandonando á los esclavos á su suerte. Y poniendo por obra su pensamiento, sacó á la joven de la litera y trató de escapar protegido por la oscuridad. Pero Ligia gritó:

— ¡Oso! ¡Oso!

Como iba vestida de blanco no era difícil columbrarla, por lo que Atacino procuraba envolverla con su propio manto. De pronto sintió que una enorme tenaza le oprimía el cuello, mientras un golpe tremendo, como de mazo, le quebraba el cráneo. Atacino se desplomó, cual toro herido en el testuz.

Un instante después Oso corria con Ligia en los brazos hacia la Suburra seguido de sus compañeros.

La mayor parte de los esclavos yacían junto á la destrozada litera, y los pocos que quedaban en pie huían despavoridos entre las tinieblas, chocando contra los muros. Al cabo de un rato se reunieron frente á la casa de Vinicio; mas no osaron entrar. Puestos de acuerdo, volvieron al lugar de la refriega en donde hallaron á algunos de sus compañeros ya cadáveres. Atacino tenía aún el estertor de la agonía; pero en aquel mismo instante se movió, agitado por terrible convulsión, y cayó de nuevo, inmóvil, para siempre.

Se llevaron el cadáver en hombros y al encontrarse otra vez frente á la casa de Vinicio se miraron amedrentados.

— ¡Que Gulón cuente el caso! — cuchichearon algunas voces. — Corre todavía la sangre por su cara y el señor le quiere.

En efecto; Vinicio sentía por Gulón cierto cariño porque lo había heredado de su madre, la hermana de Petronio, y porque le sirvió de ayo en la infancia.

El anciano consintió á condición de que los demás entraran con él, pues no quería exponerse á que descargaran sobre su cabeza todas las iras del amo.

A Vinicio se le había agotado ya la paciencia. Petronio, en vez de calmarle, le irritaba todavía más con sus chanzas. Paseaba con cierta precipitación por la estancia repitiendo de continuo:

— ¡Cuánto tardan! ¡Deberían ya estar aquí!

Quiso salirles al encuentro, mas se lo impidió Petronio.

Por fin se oyeron pasos en el vestibulo y entraron en tropel los esclavos, los cuales, colocándose en fila, pegados á la pared,

levantaron los brazos y exclamaron con acento de terror y súplica.

— ¡Aah!... ¡Aaaaah!...

Vinicio, de un brinco, se colocó junto á ellos.

— ¿Dónde está Ligia? — gritó con voz de trueno.

Gulón se adelantó con la faz ensangrentada y, timidamente, exclamó:

— ¡Mira esta sangre, señor! ¡La hemos defendido! ¡Mira esta sangre!...

No pudo terminar. Vinicio cogió un candelabro de bronce y de un golpe le destrozó el cráneo. Después se llevó las manos á la cabeza y mesándose los cabellos clamó con voz ronca:

— ¡Desdichado de mí! ¡Desdichado!...

Se puso livido; los ojos le saltaban de las órbitas; tenía los labios espumeantes.

— ¡Que les apaleen, pronto; que les den de palos! — gritó al fin con voz terrible.

— ¡Señor! ¡Aaaaah, ¡perdón!... — gemían los esclavos.

Petronio salió del atrio con la expresión del asco en el semblante.

Un momento después, en todos los ámbitos de la casa adornada de follaje resonó el silbido de las varas y el gemido angustioso de los esclavos. El suplicio duró hasta apuntar el alba.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche Vinicio no se acostó. Los gemidos de los esclavos azotados no eran bastantes á mitigar ni su angustia, ni su ira. Impaciente y anonadado, salió de su casa con algunos hombres de la servidumbre y recorrió, en busca de Ligia, el distrito del Esquilino, la Suburra, el *Vicus Sceleratus* y todas las calles contiguas; subió al Capitolio, y por el puente Fabricio se trasladó á la isla y discurrió después por todo el *Transtevere*; interminable caminata sin plan y casi sin objeto, puesto que Vinicio no esperaba dar con su amada y sólo se proponía ocupar las horas de aquella espantosa noche en algo que no fuera el reposo. Regresó á su mansión al amanecer, cuando empezaban á transitar por las calles, con sus mulos, bueyes y carretas, los hortelanos y abrían los panaderos sus tiendas. Hizo retirar el cadáver de Gulón, que nadie se había atrevido á tocar, y ordenó que los esclavos azotados durante la noche fuesen enviados á los ergástulos del campo, castigo tan terrible como la muerte. Después se echó sobre un diván del atrio y se puso á reflexionar respecto á los medios de dar con el paradero de Ligia. No le parecía cosa puesta en razón renunciar á ella ni verosímil el perderla para siempre. Sólo el pensamiento de que esto pudiera suceder le sacaba de quicio. Por primera vez en la vida hallaba un obstáculo que no cedía ante su imperiosa voluntad, y precisamente al sentir el más impetuoso y encendido de sus deseos. Persuadido de que no podría vivir sin ella, de que la fuga de la virgen constituía una burla y un ultraje á su pasión, se sintió presa de rabia impotente, con súbitos relampagueos de odio contra su misma amada, á quien, en aquel ins-